

menos hubiera mostrado la falsedad de los argumentos en contrario! Pero mejor lo ha negado todo para quitarse todo compromiso. Así, sería mejor decir, que la ciencia apóstata tiene argumentos directos é indirectos; más he aquí cuáles son: argumentos indirectos; niego, niego, niego: argumentos directos; supóngase, supongamos, suponiendo, y así por todas las fases de la conjugación.

Mas permitidme que aunque sea ligeramente me ocupe de vindicar á los filósofos de la Edad Media de las calumnias que gratuitamente se les infiere. Acúsaseles de no haber empleado en las ciencias físicas, el método experimental, fijándose su nacimiento en la época de Galileo; pero no hay para que desconcertarse: el autor del Mundo Físico, que adopta y hasta el cansancio repite en la citada obra, este injurioso cargo hecho á los sabios de la antigüedad, cuya ciencia se complace en igualar á la de los ignorantes de todas épocas, dice estas palabras: «Sería sin duda exagerado decir que entonces (en tiempo de Galileo) se sustituía por vez primera, á los *a priori* de la Escolástica, el método seguro y fecundo de la observación experimental, puesto que mil ochocientos años antes Aristóteles había dado un memorable ejemplo, poco seguido por desgracia.» En otro lugar habla muy ventajosamente, no solo de Aristóteles *cuyo ejemplo es poco seguido por desgracia*, sino de los astrónomos y geómetras antiguos, «desde Aristóteles, Posidonio y Eratóstenes hasta Estrabón.» En cuanto á la Edad Media, cualquiera que haya leído los comentarios de Santo Tomás sobre el libro primero de la Metafísica, verá que el Santo Doctor habla de la ciencia experimental; por eso dice uno de nuestros célebres escolásticos ⁽¹⁾ que solo de Aristóteles y de Santo Tomás

(1) Roselli, Summa Philosophica.

se podrían publicar numerosos volúmenes de física experimental. En verdad, es difícil explicarse cómo sin observación ni experimentos pudieron inventarse en la Edad Media los relojes, los molinos de viento, el papel, las chimeneas, el azúcar, los espejos de cristal, el alumbre, la sal amoniaco, el agua fuerte y varios álcalis, la seda, los vidrios de óptica, la pólvora, la imprenta, etc., anunciando un monge los globos aereostáticos y el vapor.

Tióneseles también por supersticiosos, como se vé por las palabras arriba citadas acerca de las auroras boreales y de este otro pasaje en que habla el autor del Mundo Físico, del fenómeno llamado fuego de S. Telmo. «La superstición tomó otro rumbo en la Edad Media, prolongándose hasta los tiempos modernos; entonces era el cuerpo de un santo, el de S. Telmo, rodeado de cirios encendidos, el que hacía su aparición en el buque, presagiando la bonanza.»

¿Los sabios de la Edad Media atribuyendo los fenómenos de la naturaleza á causas sobrenaturales como á sus causas inmediatas? ¡Calumnia! ¡transcendental é impía calumnia! Permítaseme citar por todos, al ilustre escolástico á que antes me he referido, quien habiendo escrito hace más de un siglo, sigue exactamente como los escolásticos de la Edad Media, las doctrinas de Aristóteles y de Santo Tomás: quizá per esto dice nuestro crítico que la superstición se ha prolongado hasta los tiempos modernos. Pues bien, en la cuestión XXII, artículo III de su Física particular, pregunta ¿si acaso todos los meteoros naturales se han de atribuir á causas naturales: declara que en dicho artículo disputa contra tres clases de personas, entre las cuales, pone en primer lugar, á los rudos é imperitos, que inmediatamente que observan algún meteoro nuevo

é inusitado, lo atribuyen á *causas sobrenaturales* ó preternaturales.

Sienta en seguida esta proposición: "Aun cuando los meteoros deben atribuirse ordinariamente á causas naturales, hay algunos que no pueden proceder sino de causas sobrenaturales." Mas para probar la segunda parte, no creais que menciona las auroras, que en la cuestión siguiente explica por causas naturales; ni el fuego de S. Telmo que explica también por causas naturales, y al que ni siquiera da este nombre, sino que le llama Castor, Polux y Helena como le llamaban los sabios de la gentilidad: refiere únicamente los prodigios que se leen en la Santa Escritura, los milagros, verdadero blanco de la impiedad que palía sus calumnias con la Ciencia. Y si los milagros fueran falsos, se seguiría que los Escolásticos habían errado en la apreciación de algunos hechos, pero de ningún modo en los principios. De la primera parte de la proposición no hay duda alguna, dice. He aquí su discurso: Los meteoros son efectos naturales; es así que los efectos naturales dependen de causas naturales; luego los meteoros dependen de causas naturales.

Tiempo es ya de que examinemos esa gran teoría con que se ha pretendido sustituir la doctrina acerca de la divina casualidad. Refiérese que Napoleón el grande se dirigió á Laplace con estas palabras: «Vos M. Laplace que habeis arrebatado al cielo tantos secretos ¿no entonareis también pronto vuestro himno á la gloria del Creador?» Pues bien, si no es cierto que aquel ilustre sabio contestó: «Señor, yo he podido constituir y explicar los cielos sin recurrir siquiera á la hipótesis de la existencia de Dios,» sí es cierto que el gran sistema de Laplace acerca de la mecánica de los mundos y su ecuación famosa, son la pretendida fuente y la última expresión de las teorías de la escuela positivista y racio-

nalista del siglo XIX de donde deducen todos sus dogmas insensatos de la eternidad, de la materia, de la vida, del transformismo, etc.

Laplace supone en su célebre teoría, que al principio, el sol y todos los cuerpos que giran al rededor de él, no formaban más que una sola nebulosa, animada de un movimiento de rotación, al rededor de una línea que pasaba por su centro. A causa del enfriamiento sucesivo, la materia condensada precipitándose hacia el núcleo, aceleraba su movimiento, por desprenderse de regiones animadas de mayor velocidad. Esta aceleración sucesiva desarrollaba una fuerza centrífuga mayor, que acababa por ocasionar el desprendimiento de masas anulares, de la materia acumulada hacia el ecuador, cuya ruptura daba lugar á la formación de los planetas.

Si no nos limitamos á considerar el desarrollo de esa nebulosa, de la que se desprendieron todos los planetas pertenecientes á nuestro sistema solar; sino que adoptando las ideas de Herschell, y conforme á más generales consideraciones, se quiere suponer que una gran nebulosa pudo dar origen á la formación de todos los mundos, fácil será observar, que si ese ingenioso sistema, propuesto por la Filosofía cristiana, es muy á propósito para la interpretación de las Divinas Letras, pierde toda su grandeza propuesto con la frialdad del ateaista, que ha creído encontrar ocioso el suponer á Dios frente de la actividad espontánea de la materia. Si este ruidoso sistema tal cual se encuentra desfigurado por la ciencia que reniega de Dios, y convertido por la muletilla del *supongamos*, en un argumento directo de los suyos, blasona de ser en extremo simple, por no necesitar más que de materia y movimiento para explicarlo todo, nada es esto delante de la sencillez de la Filosofía cristiana, que no reconoce en

el principio más que la actividad divina, á cuya infinita virtud se debe la existencia y actividad de todos los seres del universo. Mas no contraponamos sistema á sistema, doctrina á doctrina, por más que esa misma contraposición con arreglo á aquel principio: *Non sunt multiplicanda entia sine ratione*, arroje mucha luz para poder descubrir los sencillísimos caracteres de la verdad; pues si satisfactoriamente aunque con menos sencillez, pudiera el aludido sistema componer el mundo sin Dios, con materia y movimiento, nada habría que reponer. Analizemos, y como en noble y campal batalla, no estrechemos al enemigo, aunque á ello tengamos derecho; limitémonos al terreno en que se coloca; materia y movimiento admite, sigámosle con la materia y el movimiento.

La materia, esa materia cósmica de la gran nebulosa, esa materia eterna, y la cual se supone dotada de movimiento, es inerte de suyo, inerte, es decir, indiferente para el movimiento y el reposo; este es un hecho natural é innegable, que los tratados de Mecánica reconocen sin reparo, y exponen como un principio fundamental. La Mecánica nos enseña, que si la materia está en reposo no puede salir de él sino por una fuerza extraña, y no puede cesar de moverse sino por la acción de una fuerza extraña. De suyo pues, no pide estar en movimiento y he aquí precisamente por qué se le supone. Mas si tal movimiento anima á la materia, esta necesariamente lo ha recibido *ab extrínseco*, puesto que si lo tuviera *ab intrínseco* sería preciso que se siguiera á su naturaleza, sino se quiere suponer que la constituya. De todos modos, si esto fuera así, la materia ya no sería indiferente para el movimiento, como nos lo enseña constantemente la Mecánica, la cual protesta, que aunque no conozca la naturaleza de la impulsión, admite la inercia como un hecho evidente que

la experiencia nos testifica. Ahora bien, si fuera de la materia nada hay de donde pueda proceder este movimiento, tal movimiento no tiene razón de ser, y por consiguiente no puede suponersele.

Por otra parte: por más millones de millones de años que se supongan transcurridos desde que la nebulosa comenzó á moverse, y para que hubieran podido realizarse todas las transformaciones por las cuales ha debido pasar, para que el mundo hubiera llegado á presentarse á nuestras miradas como lo vemos hoy día, ese gran espacio de tiempo, lento, lento como debió serlo, necesariamente es limitado; por cuanto á que el cálculo mismo de nuestros astrónomos, partiendo de datos más ó menos determinados, se ha extendido hasta á deducir los inmensos períodos, necesarios para la operación de todos esos cambios que han debido preceder al estado actual del desarrollo de la materia cósmica: y si en ese punto de partida del movimiento evolucionista, la materia comienza á existir, el problema está resuelto; y ved aquí la Virtud Divina brillando en medio del caos de la nada, sacando á la existencia aquel ser tan torpe, que por más que se haya supuesto animado de ese movimiento, indispensable para la producción de todos los fenómenos físicos atribuidos solo al movimiento, nunca se ha dejado de reconocer aun en el siglo de la apoteosis de la materia, que esta por virtud propia, ni puede ponerse en movimiento ni cesar de él.

Mas si la materia no comienza á existir en ese primer momento en que la evolución comienza, en primer lugar; nada se aprovecha con ese reposo eterno que debería haber precedido al largo, pero finito período de desarrollo de la materia, la cual sin movimiento no se evoluciona, ni se transforma, ni se multiplica, ni se perfecciona; por fin el día que esa materia comience á moverse, lo ha de hacer ba-

jo el impulso de una causa extraña, como nos lo enseña la Mecánica, es decir, de Dios.

Además, una perfección tan limitada, que no excluye, sino antes necesita del influjo de un agente exterior, para que la cosa á la cual pertenece tal perfección se mueva, es todavía más limitada respecto del ser de esa misma cosa; es decir: que mucho menos excluye, sino antes con más razón necesita de la acción de un agente exterior para que tal cosa sea: pues á la acción productora del ser corresponde un efecto de un orden más excelente, que al influjo que aplica la virtud activa á la operación; por razón de que tal influjo presupone el ser de la cosa, y la existencia misma de la virtud activa; más la acción que produce el ser, nada presupone, sino que crea dicho ser de una manera absoluta. Luego si la materia no puede moverse por si misma, menos podría ser por si misma. Luego no solamente nada se consigue, suponiendo la materia existente antes de su evolución, en orden á esquivar la divina causalidad, sino que su debilidad entitativa, que la obliga á recibir el movimiento de una causa extraña, nos muestra la imposibilidad de que tal materia gozara antes de moverse, de un ser independiente de toda causalidad, es decir, de un ser improductivo, eterno. Procuremos aún ilustrar este argumento. La elevación de temperatura puede hacer que una barra metálica adquiera dilatándose, la misma longitud que se le haría tomar sometiéndola á la tracción que en ella ejerciera un peso determinado; así, el trabajo molecular interno es equivalente al esfuerzo mecánico exteriormente aplicado. A éste modo pudiéramos decir, que la perfección de algún ser, que supondremos independiente de cualquier otro, equivale virtualmente, al influjo exterior que produjera en él esa perfección; pues bien, la excelencia intrínseca de aquel ser, daría á este tal esta-

bilidad, cual le hubiera dado la misma acción creativa; y así como una cantidad de calor insuficiente para producir en una barra metálica, el alargamiento que se produciría con un medio mecánico, sería aun más insuficiente para producir un alargamiento mayor, así, si la perfección de algún ser es insuficiente para que tal ser se mueva por sí mismo con exclusión de toda causa extraña motriz, mucho más lo será para que dicho ser sea por si mismo con exclusión de la causa creadora.

Consta pues que la Ciencia no puede emanciparse de Dios, sino que por el contrario, mírase estrechada á tributarle rendido vasallaje: de consiguiénte, querer arrojar á Dios de las escuelas, lejos de ser un acto autorizado por la Ciencia, es el desatino anticientífico más grande.

Esa inicua sentencia que arroja á Dios de las escuelas, no pudo, no, ser dictada por el entendimiento; no pudo el entendimiento hecho para la verdad cometer semejante desacierto: fué la impiedad, la soberbia impiedad, que á despecho de la luz ha dicho: *nolumus hunc (Deum) regnare super nos*. La impiedad mal consejera y peor amiga, la que tiene tales exigencias para con sus adeptos: sus despojos me parecen todavía más exagerados y extravagantes, que los que Mercurio hacía por encargo de Caron á todos los muertos que pretendían navegar en su barquilla, según lo finge Luciano en sus Diálogos de los Muertos. La nota de preocupados no conviene á los hijos del Catolicismo, los preocupados son verdaderamente los sabios del bando enemigo. Solo una preocupación tal, pudo inspirar á Schelling, para prorrumpir en expresiones tan groseras como estas: *La naturaleza no es una masa inerte; para el que sabe comprender su sublime grandeza, es la fuerza creadora del universo, fuerza siempre eficiente, primitiva, eterna, que engendra*

en su propio seno todo cuanto existe. Conceptos injuriosos á la Ciencia, y tan alabados por los sabios modernos, le fueron quizá sugeridos por la analogía observada en los fenómenos de la naturaleza; analogía que ha hecho pensar á los sabios en la unidad de las fuerzas físicas; en el reconocimiento de un agente universal, que modificado diferentemente produce los fenómenos naturales, agente que alucinando á nuestros sabios les hizo incurrir ya en el Ateísmo, ya en el Panteísmo.

Entre tanto, el Dr. Sollano en el año de 1846 con su mirada de águila vió resuelta la cuestión acerca de la unidad de las fuerzas físicas, y sin embargo no se creyó comprometido á dejar su Fe, sino más bien, estimulado á corroborarla. Véase el II apéndice á la Física de Pouillet, que anotó y adicionó con interesantísimos y profundos cálculos. «Mas, ¿cómo este fluido, dice, produce tan variados efectos? ¿bajo qué leyes obra en los diversos casos para dar tan diferentes resultados? He aquí una cuestión demasiado difícil, que debe ocupar á los Físicos el día de hoy y llamar fuertemente su atención. Nosotros, entre tanto los grandes Físicos la resuelven, nos contentaremos con indicar algunas ideas, que creemos conducentes á su resolución.» Con positivo sentimiento me abstengo de hablar de las razones con que se propone contestar como filósofo á todo lo que pudiera oponerse á la admisión del fluido etéreo; haciéndose cargo de los puntos principales en que los agentes parecen no estar de acuerdo, especialmente de la teoría de los dos fluidos eléctricos, de la discordancia entre algunos fenómenos de magnetismo y electricidad, y especialmente del hecho de que las sustancias atérmanas y diatérmanas pueden disponerse de tal modo, que pase todo el calor sin un solo rayo de luz; ó por el contrario, que pase la luz sin un solo rayo calórico, los cuales

hechos parecen mostrar mucha discordancia entre ambos agentes, es decir el calor y la luz; pero aquel sabio todo lo considera, todo lo allana, todo lo dilucida. «¡Ojalá, concluye, y estas breves indicaciones excitaran el espíritu de filosofar sobre los hechos y de buscar giros sencillos de ideas que los agruparan al derredor de un centro común! Esto facilitaría admirablemente la enseñanza, daría impulso á los investigadores, abriría un nuevo campo vastísimo á las experiencias, generalizaría las teorías y lo que es más importante, revestiría á la Ciencia de un carácter más filosófico, más profundo y más adecuado á la parte más noble del hombre, á su inteligencia. He aquí la misión de los grandes Físicos. Tarea es esta que excede en mucho á nuestras débiles fuerzas; sea bastante haber indicado los deseos que nos animan al cooperar con una piedrecita para este grandioso edificio.»

Gloria al Santo Obispo de León, luz de nuestra Iglesia, prez de este Seminario, sencillo en la Fe, profundo en la Ciencia, grande para estimar la verdad, pequeño sólo para sí. Gloria á los sabios del Catolicismo. Gloria á Dios en las escuelas.

